

EL CHILE CATÓLICO COLONIAL A PRUEBA EN LOS SIGLOS XIX Y XX

Al finalizar la colonia, Chile era, sin duda, un país católico. Su catolicismo no era el único catolicismo posible; en otros lugares y en otros tiempos hubo y había otras maneras de ser católico. El catolicismo del Chile colonial era el de un pueblo mestizo de indio y de español. El español que trajo a Chile la fe católica era un español del siglo XVI, con una cultura y una mentalidad muy propias. Los misioneros, incluso los que vinieron en los siglos siguientes, eran también en su mayoría españoles y compartían la mentalidad y la cultura de los españoles de su época. Por su parte, el pueblo nativo, al hacerse católico, le dio a esta Iglesia mestiza en la cual participaba, un carácter especial, que se combinó con el carácter español preponderante. El resultado fue la Iglesia Católica Colonial, tal como existía al iniciarse el siglo XIX.

A. Las cuatro olas

El liberalismo

1.- Mas o menos contemporánea con la Independencia, y por influencias en parte comunes, se desata sobre esta Iglesia Colonial la primera ola anticatólica, que crece a lo largo del siglo XIX, y luego amaina pero sin dejar nunca de estar presente e influyente: es el liberalismo.

No es tanto el liberalismo económico, que mas tarde pasará al primer plano. Es el liberalismo cultural, el “libre pensamiento”, el rechazo de la autoridad de la Iglesia en el campo de la cultura. Liberalismo que pasará progresivamente al radicalismo. Esta corriente se arraiga profundamente en la clase media, de poca influencia hasta ahora. Penetra en los nuevos campos

abiertos a este sector del pueblo chileno: la administración pública, la educación primaria, secundaria y universitaria, y la política. Se expresa primero en el anticlericalismo y luego el laicismo. La masonería pasa a ser como una contra-iglesia que mantiene vivo el pensamiento laico y racionalista y extiende su influencia por medio de algunas instituciones altruistas como los Bomberos o los Boy-Scouts.

Ante esta ola amenazadora, la Iglesia Colonial se defiende: el Partido Conservador, la Enseñanza Particular, las Obreros de San José y mil obras de caridad, de asistencia y de protección, la piedad popular, los santuarios, las peregrinaciones y su infatigable acción pastoral y misionera, le permiten mantener su vigencia pero no sin sufrir grandes pérdidas.

El izquierdismo

2.- Al pasar del siglo XIX al siglo XX, una segunda ola irrumpe sobre esta Iglesia Colonial. La clase obrera, el mundo de los asalariados, de los pobres reclama un mejor trato: salarios mas altos, mejores condiciones de trabajo y de vida, mayor participación en la vida del país. Se organizan en mutuales, en cooperativas, en sindicatos. Pasa a la lucha frontal, la huelga, la violencia incluso. Quienes encuadran este llamado movimiento obrero, quienes lo lideran, quienes le dan una doctrina y una organización, son primero los socialistas, y luego y junto con ellos los comunistas y el pensamiento que tiende a prevalecer es el marxista. Políticamente, asume la representación del pueblo, la izquierda, socialistas y comunistas, pero también los radicales -de origen liberal- y los demócratas -de carácter mas conservador. Después entran a actuar los demócratas cristianos.

Este movimiento contestatario no va directamente en contra de la Iglesia Católica Colonial. Algunos de los personeros de la Iglesia, incluso, lo

apoyan con ciertas reticencias. Pero, por lo general, la Iglesia Católica aparece como parte del sistema patronal que el rechaza, como parte del establecimiento político contra el cual lucha, y es rechazada, y a veces combatida, como enemiga de la clase trabajadora o, por lo menos, como aliada de la clase patronal y temerosa de la liberación del pueblo.

El protestantismo

3.- Por aquella misma época -paso del siglo XIX al XX- ocurre un tercer hecho, que pasa primero casi desapercibido, pero que va poco a poco convirtiéndose también en una ola que va creciendo lentamente pero continuamente hasta llegar hoy día a tener una gran importancia en el país y especialmente para la Iglesia Católica que tenía hasta entonces el monopolio del cristianismo en Chile: es el protestantismo, especialmente en sus formas evangélica y pentecostal, y las llamadas sectas: testigos de Jehová, mormones...

La sociedad chilena tradicional aceptaba que los extranjeros tuvieran sus iglesias propias: luterana para los alemanes, anglicana para los ingleses. Pero en un momento dado saltan de esas pequeñas iglesias, unas chispas que encienden en el pueblo -unánimemente católico hasta entonces- un verdadero incendio religioso. En los ambientes poblacionales preferentemente, surgen centenares y luego millares de pastores, que asumen algunas de las funciones reservadas hasta entonces al clero católico, surgen centenares y millares de capillas en las que los fieles se reúnen para escuchar la palabra de Dios y darle culto. Miles de propagandistas visitan incansablemente los hogares para invitar a sus habitantes a estas “nuevas religiones” y se forman miles de pequeñas comunidades en los barrios.

Los que se van integrando a estas nuevas comunidades son, en un comienzo, católicos que abandonan su iglesia, y se convierten a una nueva fe que pretende ser un cristianismo mas auténtico, y mas eficaz para cambiar la vida -por ejemplo para combatir el vicio del alcohol- que el que la Iglesia Católica les ha entregado hasta entonces. Si bien esta oleada no tiene la importancia exterior y política del liberalismo o del socialismo, afecta muy hondamente a la Iglesia Católica, que se ve amenazada en su propio terreno, el de la conciencia, el de la fe, el del evangelio.

En un primer tiempo los católicos prefirieron ignorar esta nueva religión; la miraron en menos; previnieron a los católicos contra sus errores y los exhortaron a mantenerse fieles a su Iglesia y multiplicaron sus esfuerzos en la pastoral popular. Con todo, el protestantismo y sus derivados siguen creciendo en el país llegando, según últimas estadísticas al 13% de la población chilena y aparecen en otras estadísticas como mas exigentes que los mismos católicos en materia de moral familiar, mas asiduos que ellos a sus cultos y mas extendidos que ellos en el mundo de los pobres.

El economicismo y el permisivismo

4.- La cuarta ola empezó a formarse a raíz de la 1ª guerra mundial, en los años 20. Pero alcanzó toda su fuerza al finalizar la 2ª guerra mundial, en los años 60. Se caracterizó en primer lugar por un gran desarrollo de la empresa capitalista y de la tecnología, de la oferta de bienes y servicios, de la publicidad y del crédito que llevan al consumismo y hacen que el dinero pase a ser el ídolo del mundo moderno, economicista y materialista. A esto va a agregarse el permisivismo, o sea una posición ética para la cual todo está permitido, con la sola restricción de no limitar el derecho de los demás de

hacer ellos también todo lo que quieran: el sexo precoz e irresponsable, el debilitamiento de la estructura familiar, la adicción y la dependencia del alcohol, de la droga, del juego o de la pornografía...

Podríamos agregar también hechos como la globalización económica, el desinterés por la política, el abandono de las ideologías, de las creencias, de los valores y de las tradiciones.

Esta ola afecta a la Iglesia en otro campo que ella siempre consideró como propio, el campo de la ética, personal y social.

Frente a esta cuarta ola la Iglesia ha insistido en la ética, en sus dos principales direcciones: la ética social basada en la caridad fraterna, un tanto desconcertada en un mundo político, económico y social muy alterado por la globalización, por la caída de los socialismos y el apogeo del neo-liberalismo, por los progresos técnicos y por las variaciones demográficas; pero sobre todo la ética familiar, los anticonceptivos, el aborto, la eutanasia, el divorcio, el sexo prematuro, banalizado e invasor, la droga, los experimentos con embriones humanos... Pero no se puede hablar todavía de un cambio de dirección en este proceso de búsqueda del placer por sobre todas las cosas.

B. Mas allá de las cuatro olas

Se suele decir que para derrotar un enemigo hay que conocerlo bien. Y en particular descubrir el secreto de su fuerza. Cada una de estas cuatro olas arrastra consigo barro, huirros y substancias de deshecho. Pero el impulso inicial es positivo. La Iglesia debe descubrir ese elemento positivo, debe asumirlo, desprendiéndolo de un contexto talvez turbio y hacerlo suyo. ¿Cómo hacerlo para cada una de estas cuatro olas? Será el tema de esta segunda parte.

1.- El reclamo de la libertad

El liberalismo, en todas sus formas, se basa en el amor a la libertad. Libertad política, libertad económica, libertad cultural, libertad religiosa, libertad moral. La libertad se presta para todos los errores y todos los abusos. Pero es un bien en sí. La Biblia nos enseña que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, o sea lo hizo inteligente y libre como él. Porque el destino del hombre es aprender a amar y crecer en el amor y llegar a ser puro amor, como Dios y, para amar, hay que ser libres.

La Iglesia Colonial descansaba en gran parte en la autoridad. Porque era española y la España de Carlos V y de Felipe II era una España autoritaria en que todo venía desde arriba. Porque era colonial y el colonizador había propuesto, e impuesto, al colonizado su fe, su moral, su cultura. Porque era patronal, y el patrón mandaba y el trabajador obedecía. Porque era patriarcal, y en la familia mandaba el padre y la esposa y los hijos obedecían. Y también porque era católica y la Iglesia Católica le da importancia a la jerarquía: el clero, obispos, presbíteros y diáconos tienen autoridad sobre el pueblo fiel, y el Papa la tiene sobre la Iglesia Universal.

La autoridad es buena en sí y la obediencia es una virtud y la disciplina una exigencia de la vida en sociedad. Pero no debe aplastar la libertad. Debe conciliarse con ella. La vida comunitaria, basada en la caridad fraterna -en la "fraternidad", dirían los revolucionarios de 1789- supone un equilibrio entre libertad y autoridad. La autoridad debe ser libremente aceptada. La autoridad debe preparar al ejercicio responsable de la libertad. La autoridad debe respetar la libertad.

Hemos de agregar que el ejercicio excesivo de la autoridad constituye también un peligro en sí. A todos nos agrada ser respetados y ser obedecidos y aun ser temidos y tener a nuestro cargo un pueblo sumiso y reverente. Pero el Evangelio nos previene contra ese peligro: “¡No así entre ustedes!”.

De esta primera ola del liberalismo, la Iglesia Chilena ha aprendido un mayor respeto y una mayor confianza en la libertad y un mejor uso de la autoridad que la hacen ser cada vez mejor acogida por el mundo individualista y libertario de hoy.

2.- El reclamo de la justicia

Cualesquiera que sean las connotaciones negativas que hayan tenido y sigan teniendo para la iglesia el comunismo o el marxismo, no se puede negar que en la base del movimiento obrero hubo un reclamo de justicia e incluso de una mayor igualdad. Una cosa es que exista un orden social que funciona y otra cosa es que todos los integrantes de ese orden social estén satisfechos con el lugar que ocupan en él. El orden colonial favorecía excesivamente a la autoridad de los funcionarios, de los terratenientes y de los adinerados y desfavorecía a los más pobres. Y aun cuando se inspirara en el Evangelio, tendía a desconocer las aspiraciones de los asalariados y de los trabajadores a un mejor nivel de vida y a una mayor participación en la vida pública. La Iglesia, parte fundamental del orden social colonial -que se prolonga en parte en el siglo XIX y aun en el XX- demoró en percibir ese legítimo reclamo de justicia y dejó el campo casi libre a quienes, en un contexto laico, y a veces ateo, asumieron esa causa.

Hoy día la Iglesia sabe y siente que debe hacer suya la causa de los desposeídos, de los postergados, de los marginados, que debe comprometerse

en la lucha por una sociedad verdaderamente democrática, en que sean respetados los derechos humanos de todos, en que la educación y la salud estén al alcance de todos, y en que todos puedan abrirse su propio camino con igualdad de oportunidades y participar al bien común de todos.

La crisis actual de la izquierda revolucionaria y el auge momentáneo del neoliberalismo y sobre todo una lectura de la Biblia, del Evangelio y de la historia de la Iglesia centrada en el tema de la pobreza, invitan a la Iglesia actual a profundizar el tema de la igualdad y de la justicia.

3.- El reclamo de un nuevo estilo de vida cristiana

No existen una Iglesia de los ricos y una Iglesia de los pobres. La Iglesia es de todos y para todos. Pero sí existe una Iglesia en que los ricos tienen, como en las demás actividades públicas, una influencia predominante. En que el estilo de la Iglesia es, a menudo sin tener conciencia de ello, clasista. Puede ser una Iglesia en que caben los pobres, puede ser incluso una Iglesia para los pobres, al servicio de los pobres, pero no de los pobres. Y el pobre, aun sintiéndose atendido por esa Iglesia, puede aspirar a otra Iglesia cuyo estilo fuera mas popular. Una Iglesia mas sencilla, mas acogedora, mas fraternal, mas solidaria, una Iglesia mas humilde y mas cercana, una Iglesia en la que el pueda participar y asumir responsabilidades.

El movimiento evangélico y pentecostal ha significado eso para muchos chilenos. No es el rechazo de la autoridad del Papa, o de la devoción a la Santísima Virgen, o el problema de las indulgencias lo que ha llevado a muchos a dejar la Iglesia Católica para entrar a otras iglesias cristianas de origen protestante. Ha sido mas bien el atractivo de iglesias que no eran parte del “establishment” político, económico y social, de iglesias populares, en que

los pobres se sentían entre ellos, en su ambiente, a su nivel de cultura y de vida.

Del crecimiento de las Iglesias evangélicas y pentecostales, la Iglesia Católica ha aprendido la necesidad de cambiar, no de doctrina ni de moral, pero sí de estilo. En una sociedad que sigue siendo clasista, los fieles sienten el deseo de encontrarse entre ellos, también en su vida religiosa. La Iglesia es para todos pero no necesariamente para todos confundidos y revueltos en un mismo templo y para una misma forma de culto y de vida. Porque entonces predomina necesariamente el estilo y el liderazgo de los que tienen más cultura o más autoridad en la vida civil.

La Iglesia Católica ha aprendido de esta tercera ola, que ha trizado la unidad religiosa de nuestro país, que ha dejado en muchos la impresión de que existen dos Iglesias, una, la auténtica, la fiel al Evangelio, que es la de los pobres, y la otra, la que es parte de una estructura social sobrepasada, la que es infiel al Evangelio, la de los poderosos. Sabemos que es una caricatura. Pero las caricaturas solo exageran defectos reales y que deben ser corregidos. La Iglesia Católica en Chile va asumiendo un estilo diferente, porque diferente es la estructura política, social y cultural del país.

4.- El reclamo de la felicidad

La tercera ola afectó a la religión. La cuarta afecta a la ética, ética familiar y ética social. La ola evangélica interesa más a la Iglesia en cuanto tal. La ola materialista y permisiva afecta a todos, y a la Iglesia en cuanto considera la moral como parte esencial de la fe que profesa y transmite.

Si ha de buscarse un denominador común, tanto al economicismo y a la avaricia de dinero, como al consumismo, al permisivismo o a la adicción, este

podría ser el deseo de ser feliz: deseo mal entendido, que no lleva al fin deseado pero que explica todas estas manifestaciones. Para muchos ser feliz es tener mucha plata, es poder comprar todo lo que uno desee, aunque no lo necesite, comer y beber todo lo que uno quiera, satisfacer el instinto sexual cuantas veces lo desee y en cualquiera forma que lo desee, gozar de todas las sensaciones gratas que puedan dar las drogas o cualquier otro estimulante placentero: la velocidad, el peligro, la violencia, el juego; y evitar todo lo que limite la libertad de la persona: estabilidad del vínculo conyugal, procreación de hijos, amarras o compromisos de cualquier tipo.

La Iglesia debe reconocer al mismo tiempo el poderoso impulso ético que anima también al mundo de hoy, con un sello laico, es cierto, pero a menudo con un fundamento bíblico, evangélico. El aprecio por la democracia -contra los absolutismos, los gobiernos de facto, las dictaduras-; la defensa de los derechos humanos, políticos, económicos, sociales y personales; la sensibilidad frente a los discapacitados, al maltrato familiar, a la violencia intrafamiliar...; el interés por la educación y por la salud para todos; la liberación de la mujer de siglos de machismo y la más estrecha colaboración del padre y de la madre en el cuidado y la educación de los hijos; el mayor respeto a la naturaleza que anima a los ambientalistas; un gran anhelo de creatividad, de arte, de belleza y de mística. Cada una de estas corrientes podrá parecernos, a los que estamos más impregnados de la Biblia y de la tradición de nuestra Iglesia Católica, como a menudo ambigua, insuficiente, contradictoria, contraproducente pero no podemos negar que tomadas en su conjunto son pasos muy grandes en la buena dirección.

La Iglesia, al resistir las tendencias negativas y lo que hay de negativo en las tendencias positivas, aparece a menudo como la agua fría, la

“casandra” que anuncia desgracias futuras, la enemiga de la felicidad humana. De allí la necesidad, primero, de recordar que si bien los bienes materiales, en cierta medida, son necesarios para ser felices, estos deben estar al alcance de todos los hombres; y luego que, siendo necesarios, no son suficientes para lograr la felicidad y pueden incluso ser un obstáculo para lograrla. La Iglesia no se desinteresa de los bienes materiales pero, siguiendo al Evangelio, los quiere para todos y en la justa medida: combate el exceso de la desigualdad y el exceso de la riqueza.

Recuerda también a todos que la seguridad afectiva que da un verdadero amor compartido en pareja, una familia unida y que acoge a los niños con cariño, un hogar en que reinan la paz, el amor y la alegría siguen siendo elementos insubstituibles de la felicidad humana.

Y que la verdadera felicidad, para el hombre consciente de su dignidad está en la verdad, en la belleza y en el bien, en la paz del corazón, en la alegría de vivir, en la fe segura y en el amor infinito y que esto requiere desapego de los bienes materiales y moderación en su uso. Y requiere también control de los instintos, y libertad frente a las adicciones, las dependencias y los vicios. Todo para lograr la verdadera felicidad.

La cuarta ola, la que parece sumergirnos, lleva a la Iglesia a ser la defensora y la promotora de la felicidad humana, la que señala los peligros que la amenazan y la que quiere hacerla accesible a todos. De allí su ética política, económica y social por una parte, su ética familiar por otra, y su resistencia a todo lo que impide lograr ese fin, desde el desborde de la riqueza y del lujo, hasta la decadencia de la droga, del pansexualismo, de la delincuencia y de todos los vicios, adicciones y dependencias.

La Iglesia debe presentarse ante el mundo de hoy como la promotora de la libertad, de la justicia, de la sencillez y de la felicidad. Y todo esto basado en una sana lectura de la Biblia, del Evangelio y de toda la historia de la Iglesia a lo largo de veinte siglos.